

Que bien estamos aquí. En este día en que celebramos Corpus Christi, festejamos la presencia real, Sacramentada de Jesucristo en la Hostia Consagrada.

En este día la Iglesia rinde culto público y solemne, en este día la Iglesia Adora al Señor, nuestro Dios presente en la Hostia Consagrada. Expresamos nuestro amor y nuestra gratitud en la celebración de la Eucaristía, o más bien manifestamos al mundo que en la Eucaristía todos nosotros damos gracias a Dios, gracias porque el Señor se hace presente. Gracias porque es el Sacramento por el cual el Señor cumple su promesa de estar todos los días hasta el fin de los tiempos.

Y así sucede. Cuando viene nuestro fin, de despedirnos de este mundo, de esta Tierra, allí está Jesús disponible para alimentarnos, para que ese viaje que iniciamos, esa otra etapa de la vida seamos fortalecidos con su Cuerpo y con su Sangre, tan solo es cosa de llamar al sacerdote, pedir para nuestros enfermos la presencia de Jesús Sacramentado.

Es cierto que es una petición que no tenemos que hacer a último momento, sino que podamos acompañar al enfermo con la Eucaristía porque Jesús quiere estar allí, pero muchas veces nosotros no facilitamos ese camino. Cuando digo nosotros, me refiero a todos nosotros.

La Eucaristía no es un invento nuestro, lo descubrimos en la Última Cena. Jesús allí, Él mismo instituyó la Eucaristía, Él mismo ordenó: 'Hagan esto en conmemoración mía'. Él mismo se entregó allí como ofrenda y nos invita a cada uno de nosotros que cuando colocamos el pan y el vino sobre el Altar, podamos convertirnos en ofrenda al Padre. Jesús lo hizo, y es la Ofrenda por sobre todas las ofrendas, pero con Él se ofrece nuestra vida.

Que importante es que, en ese momento de la Eucaristía, nosotros nos sintamos parte en la donación de Cristo, nuestro Salvador. Decía que la Eucaristía es la donación por excelencia, es Jesucristo que, en nombre de todos nosotros, presente en el Altar, manifiesta la acción de gracias a Dios en nombre de toda la humanidad, porque a través de este Sacramento, llega a nosotros la presencia real del Señor, en el cual nos alimentamos, en el cual nos fortalecemos, en el cual también colocamos toda nuestra vida".

Cristo, presente en el Altar nos invita a acudir a esta Mesa, de seguro nosotros en nuestros hogares todos los días acudimos a la mesa de nuestro hogar porque necesitamos alimentarnos, necesitamos fortalecer nuestro cuerpo, necesitamos de esta fuerza biológica de lo que nos dan los alimentos, pero cada uno de nosotros debemos ser conscientes que nuestra vida espiritual también necesita ser fortalecida.

Por eso hermanos y hermanas, promovamos nosotros, también a los demás hermanos, a los que están en nuestras comunidades, fortaleciendo la celebración de la Eucaristía. No dejemos la Mesa puesta, no hagamos desaire a nuestro Señor y Salvador, que se ofrece como alimento para cada uno de nosotros. Como dice aquella antigua canción, acudamos juntos al Altar, a celebrar la presencia real de Cristo, a dar gracias a Dios por todo lo que nos concede.

La Eucaristía es Gracia, pero también es una exigencia, es una exigencia en el Ministerio Sacerdotal, es una exigencia para nosotros, ministros de la Eucaristía, ministros de la Iglesia porque Jesús un día nos llamó, para poder alimentar a su Pueblo, este pueblo, el que está en nuestras comunidades, el que está en cada una de nuestras parroquias, en nuestras capillas, y Él cuenta con nosotros, cuenta con el Sacerdocio Ministerial, por el cual hermanos y hermanas, les pido que oren, oren por nosotros, oren por el ejercicio de nuestro ministerio.

Nuestra fortaleza es la oración de cada uno de ustedes, nuestra fortaleza está significada también en esta dedicación de todo: "Somos ofrenda a Dios", hagamos que nuestra vida sea agradable al Señor

La Eucaristía también nos invita a hacer historia, así como la primera lectura, en el libro de Deuteronomio (8, 2-3. 14-16), a través de Moisés o Moisés le decía a su Pueblo; 'acuérdense del largo caminar que hemos hecho, acuérdense de la esclavitud de donde salimos, recuerden que fuimos al desierto'. Decía en la celebración de la mañana, el desierto donde no hay nada, pero este desierto al que Dios nos lleva es donde está todo.

El desierto, si bien es cierto lo comprendemos como 'nada', pero bíblicamente o desde la experiencia de Dios, el desierto para nosotros es todo, aquí está Dios, también en el desierto de nuestras vidas, allí está Jesús, fortaleciéndonos. Vamos sin temor al desierto, y esto significa ir sin temor a ese lugar desconocido, al lugar que no sabemos lo que hay.

Así también es nuestra misión. El Señor lo único que nos está pidiendo a través de la Iglesia; vamos abramos el corazón, abramos la vida a la experiencia de Dios, y no sabemos lo que nos vamos a encontrar. Quizás tenemos conocimientos, evaluaciones, estadísticas de la familia, de los enfermos, de los jóvenes, de los niños, quizás tenemos todos esos datos, pero eso no nos asegura y no nos dice nada de qué es lo que nos vamos a encontrar allá en el otro lugar, en el lugar al que Jesús nos invita.

Hemos iniciado hace algunas semanas un tiempo de Misión, un tiempo de ir hasta el Señor, un tiempo de ir en nombre del Señor, y reitero, igual que ese día (28 de mayo) en esta primera, etapa esta Misión que es hacia adentro, esta misión Ad Intra, donde cada uno de nosotros somos invitados a acercarnos a Jesús, porque estando cerca nosotros podremos acercara nuestros hermanos. Parafraseando un poco ese canto a la Virgen María que dice: "si Tú me Miras Él también me mirará", si nosotros vamos a nuestros hermanos, Jesús también de seguro, va con nosotros.

A Cristo el Señor que se ha hecho Ofrenda, que se hace alimento para nosotros, a Él, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén